

Buenas tardes.

“El hundimiento del edificio Rana Plaza en Bangladesh parece haber marcado un punto de inflexión en las prácticas de la industria textil. Tres semanas y 1.127 muertos después, varias de las grandes compañías internacionales de ropa se han comprometido a evitar nuevas tragedias en el país asiático, segundo exportador en ese sector después de China...Habrá que esperar a ver el alcance real de estas presiones, pero otras medidas maximalistas, como el cierre de plantas o el boicoteo, dañarían sobre todo a los propios trabajadores. Desde la llegada de la industria textil, en los años ochenta, el nivel de pobreza de Bangladesh se ha reducido del 70% al 40%. Las autoridades del país deberían aprovechar esta tragedia para revalorizar la mano de obra y diversificar la economía. Es una gran oportunidad que no pueden dejar pasar”

Lo que acabo de leerles es parte del editorial del diario El País del día 18 de mayo de 2013.

Disculpen ahora que me cite a mí mismo, y traiga a colación lo que escribía en mi blog unos días antes, el día 12 también de mayo de este año. Veamos unos datos que utilizaba en el post de ese día:

Según la Organización Nacional del Trabajo en la fría y aséptica Finlandia, descendió el porcentaje de empleados en el sector textil y del calzado en un 71,7%; en la muy avanzada en términos de prestaciones sociales Suecia, un 65,4% y en España, la ocupación bajaba en el sector un 35,3%. En ese mismo ámbito de la economía y la industria, en las remotas Islas Mauricio creció el número de trabajadores en un 344,6%, en el cercano Marruecos un 166,5% y en la trastienda del imperio, nada más cruzar el Río Bravo, en México, un 85,5%.

¿Saben de qué periodo son esos datos? Del que va de 1980 a 1993, es decir hace más de 20 años.

No les aburro. Solo un dato más.

Según los Servicios Financieros de Reuters, en apenas 6 años, entre 1993 y 1997, Adidas inició un vertiginoso proceso de expansión hasta el punto de pasar de unos beneficios de 50 millones de marcos alemanes a 500 millones. En esa época el salario por hora que cobraba un operario de la fábrica de la marca alemana en Yue Yuen Factory, un gran holding de Taiwan era de 19 centavos de dólar. ¿De qué época hablo? De la misma. De hace 20 años.

¿De aquellos barros vienen estos lodos y la deslocalización no está relacionada con que paguen los de siempre los beneficios de los mismos? ¿Es estúpidamente ingenuo el editorial del diario El País que ante cité, sobre todo teniendo en cuenta que un mes después de ese artículo, años después de que se venga produciendo la misma, criminal, explotación, las mejoras que se han producido en la situación de esas gentes es NINGUNA?

A mí me parece que la respuesta a estas dos preguntas es que sí, que el neoliberalismo globalizado es el responsable de la tragedia de Bangladesh y de tantas otras, y que instancias tan solventes como uno de los diarios más importantes del mundo no terminan de entender lo que nos pasa.

Puede que todo esto que digo tenga un cierto aroma a demagogia, tal vez tenga cierto sabor a alegato panfletario. ¿Importa eso a estas alturas?

No, no creo que importe. Y, además no lo digo yo solo. El escritor estadounidense Don DeLillo, escribe en *Cosmópolis* que "...el dinero habla solo para sí mismo..."o, describiendo como el protagonista observa un panel de cotizaciones bursátiles, pone en su boca "...todo el mundo ha dejado de pensar en la eternidad. Se concentran en las horas, en cantidades de tiempo mensurable, en horas humanas para emplear con más eficacia la mano de obra" Porque, remata DeLillo "el tiempo es ahora un activo empresarial. Pertenece al sistema del libre mercado" Piensen en ello cuando reflexionen a propósito de qué es lo que mueve a algunos de los protagonistas de la novel que hoy presentamos.

Como el acontecimiento al que ya terminé de referirme (el desastre de Bangladesh), el libro de Óscar Plaza y Víctor Claudín, *Cosecha negra*, nos habla de amenazas.

Siento no poder transmitirles un mensaje optimista. Por lo demás, esa no es labor del escritor. Ni lo es del periodista.

Yo lo soy, periodista quiero decir, y un amigo mío dice que llevo toda la vida escribiendo el mismo artículo.

Seguramente es verdad, al fin y al cabo no cambiamos tanto a lo largo de algo tan breve como una vida, y son los amigos y esa forma singular de amistad que se encarna en la figura del lector, quienes nos dicen las cosas de nosotros mismos que somos incapaces de ver. Los lectores, por lo general, nos lo dicen en silencio.

Al terminar la lectura de "Cosecha Negra", me vino a la cabeza la ocurrencia de mi amigo y, también, la historia que da nombre a otro libro anterior de Víctor: "Tren de la Noche"

Es que se trata de eso, de viajar como se viaja con fundamento: en tren, de noche y desvelados. Es, probablemente, una forma de existir tan real que a veces se confunde con la ficción...y a la inversa.

Puede pues que, de igual modo que acaso sea cierto que mi relación con las palabras es recurrente, Víctor y Óscar hagan lo mismo y lleven toda la vida escribiendo el mismo libro: en tren, de noche y desvelados.

Cosecha Negra es una novela. Debería ser suficiente con decir eso y recordarles a ustedes que ahora es su turno, pues un hermoso tópico dice que ellos, los escritores, ya han perdido todo predicamento sobre la historia en favor de cada uno de ustedes, no de todos, de cada uno de ustedes.

¿Qué pinta entonces este oficiante cuyo papel es innecesario, o sea yo? Pues no debería hacer otra cosa que saludarles a ustedes y darles la voz a ellos.

Pero, ya que me dejan entrometerme, les diré algo más.

En esta historia sabemos casi desde el principio quienes son los malos. El problema es que no sabemos con certeza quienes son los buenos. O, tal vez es que no hay buenos y, consecuentemente, no hay malos. ¿Quiénes son los buenos? ¿Los sufrientes? ¿Lo son solo mientras sufren o porque sufren? ¿Lo son quienes dicen tener firmes convicciones? ¿Son los malos los codiciosos sin medida o los que se empeñan en mantener el estatus quo del mundo?

(Espero que este circunloquio que acabo de perpetrar a propósito de la bondad y la maldad no se identifique con el perverso juego que han tratado de colarnos, según el cual si todos somos responsables de lo que nos pasa, la conclusión es que en la práctica nadie lo es y a nadie concreto es pues exigible responsabilidad)

La historia que proponen Óscar y Víctor les va a sonar: porque se nutre de los referentes de nuestro tiempo; no habla de Bangladesh, pero no es un relato muy distinto. Y tiene todos los ingredientes necesarios; ya saben: falsa moral, dobles discursos, ambición desmedida, asesinatos, espías, policías, periodistas, petróleo, empresarios que tuercen la moral hasta convertirla en un credo inverso...

No se despisten. A la vuelta de un punto y aparte, tras cualquier página, en medio de un párrafo de transición, aguarda la sorpresa y puede surgir de sopetón. Como en el cine, su pariente muy cercano como luego nos explicarán los autores. Es, en cierto modo, una crónica visual de nuestro tiempo si se me permite el lugar común. Es ficción sí, pero lo que diferencia esta historia de un relato periodístico, es que podemos ver por dentro a los personajes sin que eso nos impida construirlos a la manera como lo hace la imaginación de cada cual, algo que solo sucede en las novelas, en las buenas novelas.

Déjenme que haga otra referencia breve de relativa actualidad: Hace unos días se han cumplido dos meses del atentado de Boston. En muchos sentidos y en mi opinión, no muy distinto del 11-S, el 11-M, los ataques del Metro de Londres o el asesinato de un soldado a machetazos también en Londres. Lo inquietante, a mi

parecer, del nuevo horror es que no podemos protegernos de quien vive en el piso de arriba, habla como nosotros, jugaba de niño con nuestros hijos, estudió en la misma universidad que ellos, era uno de ellos.

¿Nada es lo que parece? ¿Se trata de una pesadilla?

¿Cuándo y quién empezó todo esto? ¿En donde se incubó el odio? ¿Quién lo alimentó? ¿Desde qué trinchera? ¿Desde qué lujoso despacho?

¿Saben? Leyendo “Cosecha Negra” he recordado el “Informe Lugano”, pero también “Diamantes de Sangre”. Quienes hayan leído esa obra o visto esa película saben de qué estoy hablando. Y saben que “Cosecha Negra” tiene un poco de las dos. Es la retorcida realidad. ¿Qué es exactamente lo que vivimos la gente corriente, nuestra cotidianeidad o una realidad paralela que se nos escapa por completo? La vida es un trasunto ¿pero de qué? Bueno, como he dicho, hasta qué punto lo que nos cuentan en esta obra Víctor y Óscar es ficción ya lo decidirán ustedes; por fortuna y a pesar de todo, a nosotros, a la gente corriente, nos quedan algunas prerrogativas y esa es una de ellas.

No esperen concesiones en “Cosecha Negra” No las hay. Y además, ganan los malos. ¿O es que, insisto, estamos equivocados y resulta que la maldad y la bondad son categorías que no sirven para referirse a este mundo nuestro, para explicarlo? ¿Ganan los malos o los que han entendido la verdadera naturaleza de las cosas?

Ya nos dirán, espero, los autores, si es su deseo. O tal vez no puedan... porque tampoco ellos no lo saben.

Cuando salgan ustedes de aquí, abran el libro y dispónganse a viajar en tren, de noche y desvelados. No será un viaje fácil pero es muy probable que al final decidan de qué lado están. Quizás se trate precisamente de eso, de saber de qué lado está uno.

Sin duda comprenderán que la historia que nos proponen Óscar y Víctor es el mismo relato que habla de que el 80% de las empresas del Ibex 35 tienen presencia en paraísos fiscales, o de que un

empleado de un banco de Liechtenstein ha denunciado a miles de evasores extranjeros, o de que Herve Falciani es un venturoso filibustero que robaba datos de los defraudadores fiscales para hacerlos públicos.

Quien sabe, tal vez lleguen a la conclusión de que llevan toda la vida leyendo el mismo libro y por alguna razón, caigan en la cuenta de que aunque yo no haya conseguido transmitirles un mensaje de optimismo, se sienten bien y con ganas de dar un paso adelante.

Muchas gracias.